

sultarme sobre libros de lectura elemental y provechosa para adquirir conocimientos positivos, aunque elementales, así creo que la Academia debe declarar que ve con gusto la publicación, muy mejorada al salir de las prensas por segunda vez, de un libro que contribuirá en España á difundir la ciencia arqueológica, sobre todo, en las aulas. Mí deseo es que se sucedan, cada vez más mejoradas, las ediciones de la obra del P. Naval.

Este es mi parecer, que someto á la sabiduría de la Academia.

Madrid, 3 de Noviembre de 1905.

JUAN CATALINA GARCÍA.

IV.

LA OBRA «GENERAL VANSON. CRIMÉE, ITALIE, MÉXIQUE»

El Sr. Director tuvo á bien confiarme el encargo de informar acerca de la obra titulada «General Vanson.—Crimée, Italie, Méxique», que ofreció á esta Real Academia de la Historia el correspondiente francés, Comandante P. Boppe.

El libro de que se trata, vió la pública luz en el año actual de 1905, y contiene las cartas escritas por el oficial de Estado Mayor Vanson y dirigidas á sus más allegados deudos, con noticias é impresiones referentes á las campañas sostenidas por el imperio de Napoleón III, de 1854 á 1867, en Crimea, Italia y Méjico. Precédenlas unos interesantes apuntes biográficos, debidos á la pluma del Comandante Boppe, persona que nos merece especial aprecio, desde que, con juicio selecto y copiosa erudición, narró sucesos relativos al cuerpo de ejército que en el Norte de Europa acaudilló el marqués de la Romana, y al regimiento de españoles que, con el nombre de José Napoleón, acompañó al gran Capitán francés en la famosa expedición á Rusia.

Presenta Boppe, en brillante síntesis, la historia del bizarro

soldado que acudió presuroso allá donde peleaban las armas de su Patria, y que se distinguió, tanto por valerosos hechos, cuanto por los estudios á que se dedicó, con labor perseverante, en períodos que para otros fueron de entretenimiento y solaz.

Sus viajes al extranjero y las comisiones que desempeñó en Alemania durante la paz, formaron su espíritu y aleccionaron su criterio, hasta el punto de que, en opinión del General Du Barrail, que fué en Francia Ministro de la Guerra poco después del desastre de 1870-71, los trabajos y memorias de Vanson en aquella época pueden, cuando menos, parangonarse con los que dieron señalada fama al barón Stoffel, quien, según es sabido, predijo las consecuencias fatales de la guerra á que condujeron á la nación francesa la inconsciencia y la vanidad.

Ofrécese en Vanson hermoso ejemplo de que no están, en modo alguno, reñidos las dotes militares y el entusiasmo por la vida azarosa de campaña con la devoción al estudio y las prolijas tareas intelectuales que demandan la reconstitución material y moral de un ejército abatido por cruel infortunio. El desprecio hacia lo que significaba saber é ilustración en los elementos armados, había hecho su labor funesta en el ejército, y cuando Francia se dedicó con afanoso ahinco á la obra patriótica de restaurar sus fuerzas, comprendió la necesidad de reconstruir al punto las instituciones militares, dando al olvido rutinarias ideas y anticuados procedimientos, que pudieron prevalecer mientras hubo que combatir con adversarios mal preparados para la lucha; que cayeron con estrépito, cuando al frente se encontró un país apercebido á la guerra por un trabajo continuo é inteligente.

Vanson fué auxiliar ilustradísimo de los Ministros franceses en los años posteriores al desastre; y si otros muchos y muy apreciables títulos no bastasen para acreditar su valer, fuera suficiente para darle merecido prestigio la creación de la «Revue militaire de l'Étranger», que dirigió por espacio de seis años.

Esta publicación, que alcanzó pronto gran crédito en el mundo militar, prestó al ejército francés notables servicios; con la lectura de sus extractos, resúmenes, noticias y datos de los ejér-

citos extraños, y de los interesantes artículos donde campeaba sana doctrina, abrió los ojos la oficialidad francesa, antes sumida, por lo común, en la indolencia y el error.

Y cuando por inexorable ley, se apartó el General Vanson de la sección de actividad, todavía consagró sus afanes á la formación de «Le Musée historique de l'armée», donde hizo alarde de erudición y cultura hasta el día de su muerte.

La correspondencia relativa á la guerra de Crimea, que ocupa desde la página I á la 201, caracteriza al oficial mozo y novel, que juzga lo que se halla á su vista, y que, ignorando los planes del alto mando, limítase á trazar cuadros, á las veces amenos y pintorescos, donde aparece la vida íntima del campamento, lo que sienten y discurren aquellos que se mueven á impulsos del cerebro que dirige.

No se busque, pues, en esta primera colección de cartas, ideas y críticas de elevado vuelo que aprecien la guerra en su conjunto; ni tampoco descripciones que permitan conocer los movimientos de los aliados y los métodos de ataque y defensa empleados en el famoso sitio de Sebastopol, objetivo esencial de aquella lucha de dos años. Ni era posible que eso hiciese el oficial subalterno que no asistió á los combates de más importancia, fuera de la batalla del Alma, respecto de la cual emitió ideas acomodadas á los sentimientos del militar que recibe su bautismo de fuego, observando, con acierto, que el buen suceso de los franceses en aquella ocasión, debióse, más que al orden con que se condujo el ataque, á la inhabilidad y torpeza de la defensa.

Si por estas cartas no es dable formar concepto del carácter general de la guerra de Crimea, se encuentran allí noticias de los ejércitos aliados, tal como se ofrecían en la intimidad de la vida de campaña.

Adoctrinado ya por la experiencia y por la práctica del servicio en los Estados Mayores, se nos presenta el Capitán Vanson en la guerra de 1859 en Italia. Y aunque por la breve duración de la lucha es reducido el número de cartas referentes á las operaciones del ejército franco-sardo, se advierte en ellas un juicio

más elevado que en las escritas en Crimea. Vanson señaló imprevisiones orgánicas y deficiencias en la preparación para la guerra de Lombardía; expuso datos de interés concernientes á los ejércitos beligerantes; describió movimientos de las grandes unidades; relató hechos de armas notables; anotó apreciaciones atinadas sobre las operaciones tácticas, y, con acertada expresión, marcó las faltas que impidieron sacar de las victorias francesas consecuencias decisivas en el orden técnico.

En las cartas relativas á la guerra de Méjico se ve al hombre maduro, dotado de alto sentido militar y político. Cierto es que Vanson no asistió á las operaciones que precedieron á la ocupación de la capital y á la instauración del imperio de Maximiliano, por lo cual nos faltan sus juicios referentes á aquella expedición, emprendida en los comienzos por tropas españolas, francesas é inglesas, seguida sólo después por los franceses con alternados éxitos adversos y prósperos. Cuando en el mes de Febrero de 1865 se incorporó Vanson al Estado Mayor del Mariscal Bazaine, la lucha había tomado el aspecto peculiar de una guerra contra partidas que se mueven en terreno conocido y cuyos jefes, auxiliados por la naturaleza del suelo, por la simpatía y concurso de los habitantes, por el espíritu inquieto y aventurero de la raza, eluden el encuentro cuando les conviene, fatigan al adversario, obligándole á marchar y contramarchar en todas direcciones, y, acechándole incesantemente, aprovechan cualquier descuido ó falta de vigilancia para dar un golpe seguro. Lucha ingrata y sin gloria para un ejército regular, que, si además va aparejada con la inclemencia del clima, y con la sospechosa conducta de un vecino poderoso, capaz es de abatir el ánimo más robusto.

La condición de la guerra en Méjico inspiró á Vanson conceptos que acreditan su entendimiento perspicaz. Encargado de las tropas mejicanas al servicio del Imperio, emitió ideas juiciosas sobre su índole y eficacia, apuntando la desconsideración con que eran miradas en el propio país; y, apreciando con claridad la situación de las cosas, formuló opiniones discretísimas respecto de aquella empresa donde empezó á palidecer la estre-

lla que hasta entonces iluminara brillante y espléndida la carrera de Napoleón III.

Impresionada fuertemente su imaginación, describió las dificultades que se ofrecían para operar en un territorio donde no había ferrocarriles ni apenas telégrafos, donde los caminos ordinarios se ponían con frecuencia intransitables, donde con un ejército que no llegaba á 29.000 hombres (abstracción hecha de elementos militares que no merecían aprecio), era preciso atender á una extensión inmensa de terreno, con objetivos varios y que á la continua cambiaban. Juzgando con toda exactitud el carácter del pueblo mejicano, vió que era imposible sostener un orden político, apoyado únicamente en las bayonetas francesas.

No se ocultaba á Vanson la actitud poco lisonjera del gobierno de los Estados Unidos del Norte, que bien se manifestaba en el apoyo á Juárez y en las expediciones filibusteras que de frecuente atravesaban la frontera. Examinando sus consecuencias, no menos se lamentaba también del aislamiento en que había quedado Francia, comprendiendo que la liquidación de aquella aventura tenía que ser harto infeliz.

Para mantener y afirmar la soberanía de Maximiliano, habría sido menester, en opinión de Vanson, que su patria marchara de perfecto acuerdo con Inglaterra y España y que hubiese apoyado enérgicamente, desde el principio, á los Estados Confederados en la guerra separatista, para impedir que en el Septentrión de América existiera una potente nacionalidad invasora y ambiciosa. «Decididamente, escribía en Mayo de 1866, no estamos en Francia bastante aleccionados para lanzarnos solos de estas lejanas empresas.» Verdad grande que, aún tratándose en las naciones más poderosas, de frecuente corrobora la experiencia; á dura costa hemos aprendido los españoles cuán inmensos son los obstáculos que se presentan en ese género de luchas.

Notable es la clarividencia con que el distinguido Capitán de Estado Mayor vislumbró días tristes para su nación, cuando tuvo noticia de los sucesos ocurridos en el verano de 1866 y del éxito considerable de Prusia.

«Me complace, decía, que el sentimiento nacional despierte

un poco en Francia, y que los que predicán el desarme y la paz, empiecen á comprender las humillaciones que la aplicación de sus ideas pueden ocasionar á nuestro país. Y todavía, si sólo se tratara de humillaciones, podrían olvidarse; pero los acontecimientos actuales, si los soportamos, tendrán, en parecer mío, un alcance que deploraremos mucho tiempo, quizá siempre.» El fracaso francés en Méjico y en Alemania, exaltaba el cerebro del brioso soldado, que no compartía las opiniones optimistas de los que á su alrededor fiaban en un próximo desquite.

Las guerras de Crimea y de Italia, por lo demás, poco enseñaron en el orden militar, y menos aún la expedición á Méjico. Los franceses, orgullosos del valor de sus soldados, hacían entonces escasa estimación del estudio metódico y de la preparación perseverante y silenciosa; no creían en los *sabios*; así fueron ciegamente á un desastre, cuyos resultados les hicieron cautos, reflexivos y previsores para lo venidero. Supieron aprender en la desgracia.

Sensible es que la correspondencia de Vanson no se haya extendido á la guerra franco-alemana, en que aquél tomó parte, porque, sin duda, sus juicios habrían sido, por todo extremo, instructivos é interesantes. Pero, terminadas las cartas publicadas por Boppe en los comienzos de 1867, concluyo ahora mi tarea, manifestando á la Real Academia, que conceptúo muy recomendable y merecedora de aprecio, la obra que acabo de exponeros.

Madrid, 17 de Noviembre de 1905.

JULIÁN SUÁREZ INCLÁN.

V.

EL LIBRO DE D. JOSÉ WANGÜEMERT Y POGGIO, «EL ALMIRANTE D. FRANCISCO DÍAZ PIMIENTA Y SU ÉPOCA».

Esta real Academia conoce bien al Sr. D. José Wangüemert y Poggio, hoy catedrático auxiliar numerario del Instituto de San Isidro, puesto que, por haber publicado hace pocos años